

## Apertura del simposio

### Las publicaciones de Søren Kierkegaard de 1843

*Carlos Llano*

Como Rector de la Universidad Panamericana tengo la satisfacción de iniciar con estas breves palabras un acontecimiento de primera importancia para nuestra institución por múltiples motivos. No es el menor de ellos tener ahora la oportunidad de reflexionar y dialogar sobre la obra escrita de quien ha influido de modo inigualable, ya no en la filosofía, no ya en el pensamiento, sino en la vida de los hombres contemporáneos, que aún guardamos el sedimento de las ideas y convicciones de Kierkegaard, en medio de esta desbandada hacia la servidumbre, de la que hoy podría hablar otra vez Tácito como lo hizo en su tiempo.

Pero el motivo de nuestra complacencia nos es todavía más próximo. En uno de los primeros documentos fundacionales de esta aún joven Universidad, que se encuentra estrenando su segundo cuarto de siglo, leemos que su objetivo principal consiste en que cada uno de los estudiantes que pase por sus aulas adquiera, *primero*, las capacidades intelectuales necesarias para elaborar un proyecto personal de vida, concorde con una idea cristiana del hombre, y con los deberes que derivan de las circunstancias de su profesión; cuente, después, con las cualidades volitivas precisas para comprometerse en ese proyecto, y asimile, finalmente, las capacidades morales requeridas para ponerlo en la práctica.

Dudo mucho que, salvo raras excepciones, los ciudadanos empresarios mexicanos fundadores de la Universidad Panamericana, hayan tenido un conocimiento siquiera superficial de la doctrina filosófica elaborada por quien les reúne a ustedes aquí, oriundos de tantos países y universidades. Pero la proximidad de este objetivo fundacional nuestro con las más fundamentales ideas de Søren Kierkegaard no es puramente casual. Habremos de hallar sin duda su punto de encuentro en las raíces cristianas comunes, si es que es verdad, como dejó dicho el filósofo danés; que el individuo (el cual, según nosotros, ha de proyectar su propia existencia, ha de decidir el proyecto, y ha de realizarlo en su vida), todo individuo, queda existencialmente acentuado por la religión, y si es verdad, como también se aventuró a garantizar, que lograría hacer cristiano a quien alcanzase la categoría de individuo.

El proceso de la enseñanza de esta universidad quiere ser un camino ético, que conduzca a la acción decisiva, a la peculiar elección de sí mismo, tal como la entiende el pensador de Copenhague en su *Diario*: “quiero... tratar de fijar la mirada sobre mí mismo y comenzar a obrar interiormente”, entendiendo “el propio sentido y definición de mi ser” hasta “hallar la idea por la que quiero morir y vivir”, y “vivirla yo mismo” de modo “tan hondo como las más profundas raíces de mi existencia”. Esta Universidad pretende, en efecto, ser forjadora de espíritus robustos, como lo era la tierra de Jutlandia, patria ancestral de Kierkegaard; pretende ser facilitadora de esa tarea descrita en *Del sentimiento trágico de la vida...* por Miguel de Unamuno, el gran descubridor del filósofo danés para la lengua castellana: “he estado operando sobre mí mismo... [en un] trabajo de autocirugía, y sin más anestésico que el trabajo mismo”. Que es un modo áspero de traducir al castellano el escueto *causa sui* aplicado al hombre por Aristóteles.

No puedo dejar de decir aquí que las ideas de Kierkegaard tienen en México una breve pero muy apreciable tradición, gracias a la huella dejada en la filosofía mexicana por mi maestro José Gaos, prototipo del estudio de la interioridad del individuo, al modo de los análisis existenciales de Kierkegaard, tomados de Ortega y del propio Unamuno. Se hace así verdad, entre nosotros, el aforismo del pensador danés, motivo de esta reunión: "Todas las épocas se hallan igualmente próximas".

Así como en su tiempo había una grieta entre el concepto y la vida, hay ahora en nuestras universidades un divorcio, enteramente paralelo, entre la formación de la inteligencia y la formación del carácter: vemos cómo los estudiantes egresan de las aulas con un gran acopio —como nunca en la historia— de conocimientos, y con una endeble estructura humana, carentes de temple, de firmeza y seguridad existenciales. Parfraseando a Husserl, deberíamos decirles y decirnos: "volvamos a Kierkegaard", girando 180 grados, esto es, retrocediendo 180 años; porque hay retrocesos que nos hacen progresar.

La Universidad Panamericana ha sido criticada en el punto que es precisamente nuestra característica diferencial y definitiva: preocuparnos no sólo de la enseñanza técnica y científica sino especialmente de la formación de la persona. Todo es importante, sin duda, pero la persona es primero. Este *symposium* internacional se encuentra así, paradójicamente, en su propia casa. Porque aquí se pretende alcanzar la primacía de las personas sobre las cosas, de la ética sobre la técnica, de la moral sobre la política, del trabajo sobre el capital, o para decirlo al modo del propio Kierkegaard, familiar para ustedes, nos encontramos en una institución que busca la *relevancia del individuo sobre el sistema*. Aunque, tal vez por timoratos, no podamos decir como él: "me enfrenté polémicamente con el sistema", si queremos evitar que los miembros de nuestra comunidad universitaria construyan "enormes edificios

sistemáticos” para no vivir personalmente en ellos. Virgil Gheorghiu acierta al decir que quien contrae la enfermedad de los faraones y ama con pasión los edificios, llega fatalmente a despreciar al hombre. Nos preocupan más, como a nuestro filósofo, los vitales y sencillos fenómenos humanos —las habladurías, las superficialidades, las envidias, los resentimientos, el anonimato— que las grandes cuestiones estadísticas de los recursos naturales y de la globalización de los mercados. Porque en último término los recursos y los mercados no pueden eliminar de suyo ni las habladurías, ni las superficialidades, ni las envidias, ni los resentimientos, ni el anonimato, a menos que reduzcamos el propio yo —como hizo Hegel— a un simple momento del proceso del todo.

Pese a estas críticas, el Director de nuestra escuela de negocios, Sergio Raimond-Kedilhac, al ser interrogado sobre los nuevos proyectos de su escuela, pudo contestar tan seguro como espontáneo: aquí tenemos muchos nuevos proyectos, porque cada nuevo alumno que se inscribe en esta escuela es un nuevo proyecto. El periodista que escuchó esta declaración era, en su fisonomía profesional, muy semejante a los periodistas interpelados por Kierkegaard. También nosotros tenemos que salir aquí en defensa de la existencia del individuo que se reconquista a sí mismo.

A nosotros, como a Kierkegaard, y como también después a Nietzsche, nos preocupa seriamente la propagación de la mentalidad de rebaño, producto de las tendencias igualitarias modernas (Collins), a pesar de los supuestos liberalismos: la mayoría, el mercado, la raza, la nación, y hasta la humanidad abstracta, sustituyen ahora la fuerza que antes se depositaba falsamente en la clase. El individuo queda subsumido así por el ambiente amorfo de las *pizzerias* y de la ropa casual.

No creemos en el valor universitario de una institución que deje de considerar a la persona como el factor más importante de

ella. Con Kierkegaard, frente Feuerbach y Marx, hemos tenido que afirmar con denuedo que el individuo no es inferior al género, que la existencia corresponde a la realidad individual — como ya enseñó Aristóteles frente a Platón— que “el individuo — y cito palabras textuales de Kierkegaard— es la categoría a través de la cual deben pasar... la historia y la humanidad”.

No queremos exaltar el individualismo, y menos en esta época, en que a través de la puerta de Brandemburgo, simbólicamente abierta, circulan aires no ya *neo* sino paleoliberales; y no lo queremos exaltar porque el individuo, según dijo el primer existencialista de la historia, sólo recibe tal nombre cuando es capaz de pronunciar a boca llena el “nosotros”, y la persona sólo halla su felicidad cuando abre la puerta de la vida hacia fuera.

Tampoco nos interesa entrar en el pozo sin fondo del subjetivismo. La primacía de la persona nos lleva a darle un valor significativo —como tal vez no lo hizo Kierkegaard— a la estructura, al sistema, a la norma jurídica. El hombre ha de pertenecer simultáneamente a muchas sociedades en las que han de darse leyes objetivas, universalmente válidas, no sólo sin merma, sino esponjando las posibilidades humanas.

Nuestra enseñanza, por lo que acabo de decir, no se aviene con un concepto dionsíaco del hombre, al modo de Hebert Marcuse, pero tampoco tenemos como paradigma el super hombre de Nietzsche. Buscamos, con el gran ausente de este *symposium*, que es a la par el causante de él, la salvación del hombre normal y común, el que encontramos en el parque o en el jardín, para que se convierta en un verdadero yo individual, es decir, en un hombre poco común; para emplear el término ya clásico de Edmund Husserl, buscamos la salvación del hombre que pueda respirar sin contaminaciones pseudocientíficas el ambiente del *lebenswelt* que José Gaos tradujo para nosotros como el mundo de la vida corriente. En este mundo no hay super hombres, pero sí hay *hombres superiores*, esos hombres a los que, con el

hipotético epitafio de Søren Kierkegaard, podríamos señalar humilde y orgullosamente como “aquel individuo”.

En los sillares de esta universidad hay otra coincidencia con el pensamiento del filósofo de Dinamarca al que quisiera finalmente referirme. La universidad, etimológicamente descrita como *unus versus alia*, la unidad de los muchos saberes, no puede definirse con acierto apelando a las carreras, asignaturas, disciplinas o materias que en ella se transmiten. Lo que constituye la esencia propia de cada ente universitario es el prisma bajo el que se estudian esos saberes. Pues bien: la Universidad Panamericana decidió, en aquel documento fundacional al que antes aludí, que el *leitmotiv*, el hilo de Ariadna de todos los conocimientos que en ella se desarrollen, será la persona del profesor y la persona del alumno. Esto tiene también una discernible inspiración en Kierkegaard para quien el interés del estudio habría de recaer no en los conceptos sino en la existencia de la persona. El ir contra la corriente de la manada es una tarea individual que se debe alentar aquí, en la Universidad, porque únicamente el individuo puede apropiarse en forma existencial la verdad que aquí enseñamos, y sólo él puede valorar la importancia que tiene para sí mismo. El individuo sigue siendo —como para Søren Kierkegaard— el ancla.

En este sentido, podríamos repetir para nosotros aquellas venturosas palabras que leemos en su *Diario*: “lo que importa [no es] una masa de conocimientos, como agregados casuales, como una serie aditiva de unidades meramente yuxtapuestas, sino un centro focal que reúna todos los radios; ese centro de luz es lo que yo he buscado” (lo que nosotros buscamos que nuestros estudiantes busquen). Lo que los hombres piensan y hacen sobre el mundo, para utilizar las categorías de Maurer, sólo encontrará unidad y sentido en lo que los hombres piensen y hagan sobre sí mismos, es decir, en las humanidades y en la ética, si es que son saberes distintos.

La persona humana es la única realidad verdaderamente interdisciplinaria; o, lo que es lo mismo, sólo desde la perspectiva poliédrica de la interdiscipliniedad podemos acercarnos —hasta donde podemos— a la persona humana; a la persona humana y a sus esferas de circunstancialidad, que diría Gaos, porque nada del hombre puede sernos extraño. Leemos en *Hechos de amor* de Kierkegaard que “el cristianismo no es indiferente a ninguna realidad secular; por el contrario, se interesa de manera espiritual en todas las cosas”, y le hemos oído a Josemaría Escrivá de Balguer, el gran inspirador de esta universidad, en la llamada homilía del *campus* de Navarra, que hay en nuestra vida corriente un *quid* divino, un algo santo que toca a cada uno de nosotros descubrir (*Conversaciones*, n. 114). Ya se ve que estas coincidencias son muy profundas, aunque no signifiquen en modo alguno identidad, pues en el terreno del espíritu no cabe nunca lo idéntico, y se dan profundas y ricas divergencias.

La persona humana, que ha de ser el hilo conductor de todo trabajo interdisciplinario, vale decir, de todo trabajo universitario, es a la par la única realidad del mundo que no tolera reduccionismos. Si las alternativas de su vida están sometidas a ese permanente *Aut Aut*, o una cosa u otra, generadora de la angustia, la realidad personal misma del hombre no puede desgajarse, o escindirse, sino que debe mantenerse unida en una síntesis (no hegeliana, por supuesto), en una armonía o equilibrio que engendra la paz. Este sosiego del espíritu es el fruto a conseguir en quienes tenemos como tarea la universidad, lograr el *unus versus alia*.

El presente *symposium*, señores, tiene una trascendencia mayor que la de estudiar con profundidad y acribia los escritos de un importante pensador de la civilización de Occidente. Va más allá: si coincidimos con Löwith que “el linaje de los hombres está enfermo, enfermo espiritualmente, y enfermo de muerte”, esta reunión tendría un provechoso fruto si fuese, al menos, la chispa

que suscitara en nosotros no una mera “reflexión objetiva”, como diría Kierkegaard, sino, como también diría, “la pasión infinita de la interioridad”, que es la única cura para esa enfermedad mortal.

Muchas gracias.



Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.